



Narrativa quechua contemporánea. Corpus y proceso (1974-2017)

Gonzalo Espino Relucé

Pakarina Ediciones, Lima-Perú, (2019), 97 páginas.

Contemporary Quechua narrative. Corpus and process (1974-2017)

Gonzalo Espino Relucé

Pakarina Ediciones, Lima-Peru, (2019), 97 pages.

*Matías Gerardo Graneros**

Recibido: 15/05/2020 | Aceptado: 15/06/2020

La literatura es un campo donde las discusiones que indagan su construcción como objeto nunca se detienen. Los estudios sobre esta área son diversos y se enmarcan en distintos posicionamientos teóricos. En 1989, Antonio Cornejo Polar en “Apéndice: La literatura peruana como totalidad contradictoria” advierte que, para comprender las producciones literarias que tienen lugar en Perú, es necesario atender la multiplicidad que se presenta en el escenario escriturario, como también en el plano social y cultural. Por lo tanto, es preciso vislumbrar el todo, en cuyo interior se alberga la pluralidad y, al mismo tiempo, penetrar en sus vínculos internos que se sustentan en la contradicción. Con ello, el crítico nos introduce dentro del dinamismo bajo el cual se establecen las relaciones en el



* Argentina. Miembro del Proyecto de Investigación n° 2539, radicado en el Consejo de Investigación de la Universidad Nacional de Salta, Universidad Nacional de Salta. matiasgraneros94@gmail.com

interior de la totalidad contradictoria que, en definitiva, conforma los sistemas literarios peruanos. Esto muestra que, al momento de realizar una tarea en la que se indague el curso de la literatura, es necesario considerar el carácter cambiante y heteróclito de las escrituras de dicha delimitación espacial.

Gonzalo Espino Relucé emprende la labor de abordar esa condición tensiva en *Narrativa quechua contemporánea. Corpus y proceso* (1974-2017). Esta publicación es el resultado de investigaciones desarrolladas por el grupo de investigación que dirige “Discursos, representaciones y estudios interculturales” (EILA). El ejemplar está compuesto por una introducción, el epílogo y los anexos, y seis capítulos. De este modo, en cada uno de los apartados que propone, desarrolla la pesquisa que proviene de las producciones realizadas en distintas variantes del quechua: Ayacucho-chanka (Ayacucho), Cusco-Kollao (Cusco, Apurímac, Puno), Ancashino (Áncash) y, aunque escasas, las efectuadas en *wanka* que procede del norte y la Amazonia.

En el inicio, Espino Relucé anuncia que traza una cartografía del largo proceso que atraviesa la narrativa quechua contemporánea escrita en Perú. Todo esto con el objetivo de visibilizar un corpus: el de las producciones que surgen desde el último tercio del siglo XX, hasta las que se publican durante los primeros años de la siguiente centuria. Este conjunto, nos dice, “deja entrever el pensamiento andino y ofrece una suerte de inventario de lo que ocurre en el mundo quechua; como escritura muestra su quiebre con el habla, aunque puede evocar formas tradicionales” (2019, 10). De esta manera, con su tarea, el poeta y crítico moche nos introduce en un espacio de escisiones, confrontaciones y re-apropiaciones que tienen lugar en las realizaciones literarias de las que se ocupa.

En el primer capítulo, “Contextos y referentes teóricos”, se aproxima a las tensiones que rodean la literatura andina. En él, aparecen aspectos ligados a lo político: conflictos institucionales y gubernamentales, disputas lingüísticas: fluctuaciones entre el español y el quechua, y controversias en el plano social. Dicho escenario configura el corpus que se define, sobre todo, a partir de la conquista de la escritura. Esta apropiación se traduce en “expresiones que dieron cuerpo, consistencia e intensidad a la palabra andina” (2019, 19). Con este empoderamiento, además, se pone en cuestión el orden que homogeneiza la pluralidad literaria. Así, al incautar el sistema de representación dominante, los escritores expresan la sensibilidad andina y esto se da en un juego de tensiones e innovaciones. En definitiva, esta producción posibilita la reflexión sobre la diversidad lingüística y las literaturas peruanas.

“Primeras narrativas quechuas”, el segundo capítulo, afirma la escasez de la crítica sobre la narrativa quechua escrita. Los aportes que existen, arriesga Espino Relucé, provienen de dos autores: Manuel Barquerizo y César Itier. Aquel realiza una lectura de José Oregón Morales, a quien le reconoce la lengua en la que escribe y cómo construye el narrador de sus relatos. El otro se interesa por las producciones de la Biblioteca Quechua de la Universidad Villarreal y aborda el problema de la ausencia de lectores. En esta sección indaga sobre la existencia de una tradición previa, es decir, un antecedente del corpus que visibiliza el libro; por ello se remite a autores como J. José Flores, José María Arguedas y José A. Lira, quienes recopilan y transcriben textos de naturaleza oral. Entonces, la conformación del conjunto se encuentra atravesada por diversas problemáticas que, si bien son ajenas a ella, dificultan o hacen más amena dicha constitución.

El tercer apartado avanza sobre las características del corpus y, para poder comprenderlo, postula cinco ejes. El primero refiere a la lengua en la que se produce y las dificultades que ello conlleva debido a la disparidad de escrituras. El segundo se centra en el vínculo que existe entre la lengua y la cultura. El siguiente aborda los problemas que existen con el quechua y la necesidad de fortalecerlo y, con ello, formar lectores. El cuarto explora las innovaciones en la figura del narrador en la ficción. El quinto examina el modo en que los escritores se interesan por el impacto de la modernización y con él trazan una nueva cartografía desde el presente de la enunciación. Junto con estos lineamientos, propone opciones para efectuar una periodización: una que atiende al referente lingüístico y otra en relación con los procesos autor-obra. Así, expone diferentes rasgos que componen el corpus.

En el cuarto segmento, “Las primeras tramas de narrativa quechua: Porfirio Meneses”, Espino Relucé se detiene en las producciones del autor al que se refiere en su título, aunque también da cuenta de algunas cualidades de la escritura de José Tapia Aza y Orlando Santillán Romero. Sobre Meneses enuncia que su textura quechua advierte, entre otros aspectos, la autonomía narrativa de la escritura y que, en sus relatos, el halo oral se subordina a la letra. Estos elementos muestran una parte de la imagen literaria que este ha construido en sus producciones.

El quinto capítulo cuyo título es “Los quechuas de los ochenta: Sócrates Zuzunaga y Macedonio Villafán” trata sobre los autores a los que alude. Sobre el primero dice que su narrativa presenta al lector los caminos de lo andino impactado por la modernización, lo sitúa en el presente y le comparte los extremos de los sucesos

de la guerra interna. También, a través de la escritura, reflexiona sobre la condición humana afrentada y trastocada. Todo esto a partir del juego de la desbordante picardía y burla que se junta en sus relatos. Del segundo, declara que, comprometido con la escritura y la memoria, permite un acercamiento al despojo y el silencio impune que actúan en las mineras. De esa manera, Zuzunaga y Villafán realizan su trabajo escriturario utilizando diversos tópicos.

El crítico moche les dedica más espacio a textos de escritores que tienen como rasgo característico que, al momento de producir, se salen del margen impuesto por el centro y dejan atrás la ciudad letrada. Sin embargo, por poseer distintos reconocimientos que provienen de la academia, manifiesta que sí pertenecen al espacio hegemónico de los narradores. Igual que en el apartado anterior, añade descripciones de otros sujetos que producen literatura: Rufino Chuquimamani Valer, Gloria Cáceres Vargas y José Oregón Morales.

Al sexto capítulo lo denomina “Penúltimos narradores” y en él menciona diferentes características de las producciones de Valentín Ccasa Champi, Ugo Carrillo, Óscar Chávez Gonzales, Domingo Dávila Pezúa, Junior Núñez Lefoncio, en general, y de Pablo Landeo Muñoz, de un modo particular. Estos autores tienen como rasgo el pertenecer a diferentes generaciones que, movidas por el entusiasmo que provoca la narrativa quechua, acceden a la escritura en esta lengua y realizan publicaciones.

Para finalizar, expone una recapitulación donde explicita que “Estos relatos trazan un proceso que la narrativa quechua escrita contemporánea afirma y configura como proceso y se convierte en un sistema que sofoca la llamada literatura

peruana” (2019, 80). Con la formación del corpus, asevera que esta literatura se consolida como sistema.

Gonzalo Espino Relucé nos adentra en el espacio beligerante, que se encuentra siempre en tensión, para presentarnos cómo las producciones plasmadas en el papel han logrado ocupar un lugar en el campo literario. Entonces, muestra el modo en que aquellas irrumpen en el escenario de lo escrito. En ese surgimiento “La lengua aparece como una conciencia que contiene el pensar andino y llega impregnada de la cosmovisión andina” (2019, 36). Como consecuencia, el lector de este libro puede sumergirse, un poco más, en las formas de vivir y habitar el mundo andino.

Nos muestra que, si bien el español dibuja un contorno a la lengua quechua, en la literatura que retoma se da un proceso inverso. Ello se debe a que los productores “asumen que su referente intelectual lo constituye la ciudad letrada; la invaden, la hacen suya y se imponen con una escritura sucesivamente renovadora” (2019, 35). Esto nos lleva a pensar en el impulso de una reconquista del centro que es redefinido con los signos de la alteridad y la pluralidad. En definitiva, estamos frente a la metáfora de la serpiente *amaru*: el reptil, lanzado por la voracidad del hambre y la desesperación, aprieta el cerco hasta engullirlo, aplasta y devora el casco urbano, las zonas residenciales limeñas.

Además, Espino Relucé permite que meditemos sobre escrituras que se hallan en un constante tránsito. Pues, en diferentes momentos, caracteriza el corpus dotándolo de esa cualidad que indica movilidad. Encontramos dos tipos de mudanzas: por un lado, la escritura, ya que la literatura andina se dirige hacia el centro de la cultura hegemónica y, en este desplazamiento, las narrativas se mueven entre la memoria y creación original. Por

el otro, los autores fluyen entre el español y el quechua: se perfeccionan en aquella lengua y producen en esta, se trasladan de la literatura regional o andina a las que emergen del sector dominante y se abren caminos entre el mundo popular y el académico. En suma, estamos frente a un corpus que migra.

En conclusión, en *Narrativa quechua...* encontramos los resultados de una exploración que profundiza el análisis y las reflexiones de los universos literarios peruano, en particular, y latinoamericano, en general, que se encuentran en espesor y en movimiento, tal como lo ha advertido en reiteradas ocasiones la crítica literaria. Sumado a esto, en las cavilaciones que entraña nos topamos con la inscripción de la literatura quechua en el tiempo que le ha sido negado y, con ello, ratifica lo que dice Antonio Cornejo Polar en “Los sistemas literarios como categorías históricas. Elementos para una discusión latinoamericana” (1989): “no es exagerado afirmar que lo simultáneo es hasta más histórico que lo sucesivo” (1989, 20). Por todo esto, sostenemos que Gonzalo Espino Relucé realiza un valioso aporte con su investigación y permite que diferentes lectores se aproximen y tengan contacto con el mundo andino a través de las producciones literarias en la lengua del Tawantinsuyo.